



Panegírico y votos de futuro

Descripción

PANEGYRICUM AC DESIDERATA
ANTONIO FONTÁN

IN EIVS OCTOGESSIMO NATALI DIE COMPOSVIT

Forte pater superum prospexit ab aethere térras
iamque ut conueniant coeü incolae Arcas uolat,
nunc planas, nunc fronte mouens; uix contigit arua
et toto descendit auo, more, terra uel aer
indígenas misere deos. Post ordine adsunt:

Pampineus Liher, Mars trux, Tirynthius hirtus,
nuda Venws, fecunda Ceres, pharetraut Diana,
;uno grauis, prudem Pallas, turnia Cybele,
Saturnus profugus, uaga Cynthia, Phoebus ephebus,
Pan pauidus, Fauni rigidi, Satyri petulantes.

Quis canat hic aulam coeli, rutiánlia cuius
Ipsa pauimentum sunt sidera? lam pater aureo
tranquillus sese solio locat; inde priores
consedere dei. Sanctus stans fatetur ista:

«Est mihi, quae Latió se sanguine tollit alumnam,
tellus clara uiris, cui non dedit óptima quondam
rerum, opifex natura parem: Betica ferax.

Cederé Antonium ego tam fortes hos uolui,
qui nobilitat solus auos. Libet edere tanti
gesta uiri et longam paucis percurrere uitam.

Soluerat in partúm; generosa puérpera casti
uentris onus; manifesta dedi rnox signa futuri
talenti ac totam fausto trepidi patas aulam
impleui augurio; licet idem grandia nati
culparet fata, iuuit fortunara studio.

Surgentes animi Musis formantur et illo
qui Cicerone tonat; didicit quoque facta suorum
ante ducum; res gestae uita librisque relegit.

Praeterea quidquid Latinaribus indere libris
prisca aetas studuit, totum percurrere suetus:
Mantua quas ocies pelagique pericula ludit,
Zmyneas imitata tubas, uel quicquid in aeuum
mittunt Euganeis Patauina uolumina chartis,
qua Crispus breuitate placet, quo pondere Varro,
quo genio Plautus, quo fulmine Quintilianus,
qua pompa Tacitus nunquam sine laude loquendus.

Eligitur primus, iuuenis, hinc latinitatis
professor. Rem publicam impiger is colit solus.

PANEGÍRICO Y VOTOS DE FUTURO QUE COMPUSO EN HONOR DE ANTONIO FONTÁN EN SU OCTOGÉSIMO ANIVERSARIO

Un día el padre de los dioses contempló desde lo alto el mundo
y ya vuela Arcas¹, para convocar a reunión a los habitantes del cielo,
avanzando una vez con las alas de sus pies y otras con las de la frente.

Apenas toca el suelo, tras descender la ladera del Atlas, la montaña de su abuelo,
cuando el mar, la tierra y el aire envían a sus respectivos dioses.

Por orden se presentan:
Líber con sus pámpanos, Marte el feroz, el velludo Tiryntio,

Venus desnuda, la fecunda Ceres, Diana con su aljaba,
la severa Juno, Palas la prudente, la almenada Cibeles,
el prófugo Saturno, Cintia la vagabunda, el joven Febo,
el temible Pan, los groseros faunos, los petulantes sátiros.

¿Quién sería capaz de cantar aquí la sala del cielo,
cuyo pavimento son las rutilantes estrellas? Júpiter
toma plaza majestuoso en su trono de oro y a continuación, por rigurosa prioridad
se acomodan los dioses. El piadoso que truena se pone en pie y dice:

«Tengo una tierra que se considera pariente del Lacio por su sangre,
cuna de hombres preclaros, y a quien jamás ha dado una rival
la naturaleza, creadora de todas las cosas: Bética, la fértil.

«Fue mi voluntad que todos ellos, aun siendo tan ilustres, cedieran el paso a Antonio, quien por sí solo
ennoblece a toda la estirpe. Es un placer contar las hazañas de tal personaje y recorrer en pocos
trazos su larga vida.

»Apenas la generosa madre había soltado en el parto
el peso de su casto vientre, cuando yo ya di señal manifiesta
de su futuro talento y llené la casa del padre impaciente
con un augurio favorable. Este, aunque atribuía al hado
las cualidades del hijo, ayudó a la fortuna con el esfuerzo.

»La inteligencia del párvulo es formada por la musas
y por aquel Cicerón, de voz de trueno. También aprendió los hechos
de los antiguos caudillos y leyó una y otra vez en los libros y en la vida sus hazañas.

«Además estudió aquello que pusieron por escrito en lengua latina las viejas generaciones, habituado
a leerlo todo:

los combates y los peligros de la mar que cantó el mantuano,
imitando a las trompetas de Esmirna²; las gestas que para la eternidad
transmiten los libros paduanos en los volúmenes euganeos³;
la agradable concisión de Salustio, la gravedad de Varrón,
el ingenio de Plauto, la fogosidad de Quintiliano,
la majestad de Tácito de quien no se puede hablar nunca sin elogio.

Por todo ello, aún joven, fue elegido profesor de latín
y se aventuró diligente y por su cuenta en la política».

1 El mensajero de Júpiter.

2 Virgilio, imitador de Hornero.

3 Tito Livio.

...

Con estas palabras, que yo plagio con ligeras adaptaciones del poeta Sidonio -un patricio culto, nacido en la Galia del siglo V d.C. y que, después de haber desempeñado la prefectura de Roma, llegó a ser obispo de Clermont y santo de la Iglesia católica-, podía haber comenzado Júpiter a pronunciar el panegírico de Antonio Fontán, maestro y fraternal amigo, ante la asamblea de los dioses.

Le habrían faltado palabras ya mí inventiva –*materia est maior, et mihi Musa minen*⁴- para seguir describiendo en hexámetros tanto los decenios de su larga trayectoria profesional, que ya analicé hace tiempo con ocasión de su retirada del aula y del agora⁵, como los últimos años de su vida posacadémica y pospolítica, a los que querría referirme brevemente en estas líneas. Me parece que ese tramo, que comprende algo más de un decenio, está marcado por una larga serie de satisfacciones, frutos que han madurado finalmente tras muchos años de siembra generosa e incansable. Ni buscados ni, en parte, siquiera proyectados, esos frutos han sido aceptados por Antonio con agradecimiento y disfrutados acaso en mayor medida.

Voy a referirme, en forma de crónica puntual a uno solo, que seguramente interesará a los lectores de *Nueva Revista*, pues se trata de la historia de la publicación que tienen en sus manos, vista a través de la correspondencia que he mantenido con su editor.

...

El primer capítulo está escrito en diciembre de 1989, en un papel muy *umweltfreundlich*, timbrado a nombre del director y en el que se lee: «Como ves, la revista está muy próxima a salir. El primer número aparecerá en enero. En ese mismo mes, hace treinta y ocho años, saqué *La Actualidad Española*, mi primera aventura periodística».

En julio de 1992, el producto va a cambiar y don Antonio reconoce sin ambages: «Hemos fracasado como editores. No parecen asequibles ni los suscriptores que harían falta ni la publicidad precisa».

«El tema es grande y mi musa pequeña». Cfr. «Un humanismo atrayente», en J. L. Moralejo (ed.), *Humanitas in honorem...*, op.cit., pp. 1729.

A pesar de todo, no se ha dado por vencido, cuando tiempo después, a finales de 1993, observa: «La Revista sigue: nuevo formato, nueva serie, nueva periodicidad: cuesta dinero y da trabajo. Espero que en el 94 lo primero sea poco o nada. Lo segundo no me importa», confiesa, y a continuación se desahoga: «Don Quijote salió tres veces y yo llevo ya seis o siete u ocho...».

Apenas dos años más tarde, ya puede exultar: «Mis amigos de la Nueva Revista van saliendo adelante. Seis o siete son diputados, concejales, etc. Otro preside la región valenciana, otro más

vicepresidente Castilla, Soledad Becerril es alcaldesa de Sevilla... El próximo gobierno será del PP».

Unos meses más tarde él mismo se asombra, orgulloso ante la cosecha que han recolectado los jóvenes liberales: cuatro secretarios de Estado, prestigiosos miembros del gabinete del presidente o de otros políticos preeminentes.

La última crónica data del verano de 2001: «La revista continúa adelante, con prestigio en los círculos culturales y políticos, siendo además lugar de encuentro de varias docenas de periodistas, profesores, políticos, etc. Yo pienso que son jóvenes porque les llevo muchos años, pero los de la primera hora, que son casi veinte, andan ya por el decenio de los cuarenta».

¿Qué explicación tiene este esfuerzo de promoción humana y profesional, que lleva consigo necesariamente renovación de directores y colaboradores y, en consecuencia, una dedicación continua de tiempo y energía por parte de una persona que debería considerarse ya suficientemente madura para una jubilación más que honrosa?

En plenos años cuarenta, inmediatamente después de la II Guerra Mundial, un movimiento que se llamaba a sí mismo «Rearme moral», adquirió un castillo en Caux, dominando la orilla oriental del lago de Lemán (Suiza). Por allí han pasado a lo largo de más de cincuenta años millares de personas que han sido educadas en la convivencia democrática, sin descuidar la dimensión trascendente, ya que la iniciativa de ese grupo partía de círculos confesionales protestantes.

A mí me parece que el secreto de la perseverancia de Antonio Fontán en la actividad política tiene mucho que ver con la necesidad de un rearme moral de la sociedad española, arrollada en el decenio pasado por una marea de permisivismo, fruto de la siembra de sal perpetrada por unos gobernantes erosivos, o más bien agresivos frente a muchos de los valores respetados por gran número de españoles.

Que esa tarea de rearme resulta urgente y que no basta con lamentarse, es evidente. ¿Será recuperable la moral del trabajo, una nueva distribución de deberes y motivaciones que prenda en todas las capas de la población? Así lo espero.

En todo caso, es ahí donde hay que buscar la fuerza que impulsa al editor de Nueva Revista a continuar en la brecha, empujando y ayudando a quienes están cerca de él: un deporte este que él ha practicado toda la vida y que afronta cada día saliendo al campo como un jugador profesional, sin hándicap -sin complejos, quiero decir-. Por eso una colaboración leal con Antonio Fontán compromete necesariamente a aportar, cada uno desde su lugar -también los políticos, sobre todo cuando su oficio les expone a verdaderas pruebas de fuego-, el óbolo del coraje cívico.

En esta empresa apasionante cuenta tanto con nuestra admiración como con los favorables augurios del Olimpo:

Finem pater ore
uix dederat, plausere dei fremitusque cucurrit
concilio. Félix, tempus neuere sórores
auspiciis, Antoni, tuis etfuturis annis
fulua uolubilibus duxerunt saecula pensis.

Apenas el padre de los dioses había acabado de hablar,
cuando los demás aplaudieron y un signo de aprobación recorrió la asamblea.

Las hermanas⁶ comenzaron a tejer en tu honor, Antonio, un tiempo feliz
y a enrollar, en sus husos volubles, siglos dorados.

4«El tema es grande y mi musa pequeña».

5Cfr. «Un humanismo atrayente», en J. L. Moralejo (ed.), *Humanitas in honorem...*, op.cit., pp. 1729.

6 Las tres parcas.

Fecha de creación

29/10/2003

Autor

Agustín López Kindler

Nuevarevista.net